ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA SEMANAL POPULAR

AÑO I
NÚM. 29
18 MAYO 1926

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

A.1712

nadme, Dios misericordioso! ¡Si he de cumplir mi deber, tengo que conocer la verdad!

Trastornado estaba Querubín, pero no lo estaba menos Leandro.

Como impulsado por un vértigo, se levantó y salió de la habitación, atravesando otras y tomando por un estrecho y oscuro pasillo, a cuyo final se detuvo junto a una puerta.

Inclinóse y escuchó, oyendo las voces de su madre y de Querubín que hablaban.

¿Qué debía conseguir?

Nada y mucho: nada, puesto que la condesa no había de revelar entonces su secreto, y mucho, porque serían luz para la inteligencia de Leandro las expansiones cariñosas de su madre y la circunstancia de querer conferenciar con ella secretamente don Juan de Monzón.

Pocos momentos después latía violentamente el corazón de Leandro.

Su agitación era profunda.

Escuchaba con afán indescriptible, con creciente ansiedad.

No perdía una sola palabra de la conversación.

Hubiera querido ver lo que en aquellos momentos expresaba el rostro de la condesa; pero no le era posible.

Y, sin embargo, lo que hasta entonces había oído el joven no tenía verdadera importancia.

Escuchemos también nosotros lo más interesante de la conversación.

Querubín había dado cuenta exacta de su conferencia con don Pedro.

La condesa le preguntó:

—¿Y qué habéis adelantado con eso?

—Nada.

—Entonces...

—Es que quiero luchar abiertamente, cara a cara, porque es preciso que esta situación se resuelva de una vez y pronto.

—Sí; es preciso, y así sucederá.

—¡No estoy dispuesto a renunciar al amor de María!

—¿Y si yo os lo suplicase?—preguntó la condesa mientras fijaba en su hijo una mirada profunda.

—Señora—repuso Querubín—, antes de contestaros, os haré una pregunta.

—Decid.

—¿Habéis amado de veras alguna vez? No toméis mis palabras en sentido en que puedan ofender. Ya sé que os sobra corazón, y tampoco se me oculta que una mujer casada tiene la obligación de decir que ama a su esposo; pero bien sabéis lo que quiero decir.

—¡Sí; lo comprendo!—respondió la condesa con voz balbuciente.

—Como nadie más que Dios nos escucha...

—¡Lo sabréis!

—Tales pruebas de cariño me habéis dado, que me atrevo...

—¡He amado—dijo la dama con breve acento—, he amado todo lo que puede amar una criatura!

—Entonces, no sé por qué me preguntáis si estoy dispuesto a ceder, a olvidar a María, dejando que sea esposa de otro.

—Vuestras palabras significan...

—Son la expresión exacta de mis sentimientos, porque a vos no puedo deciros más que la verdad.

—¿Y si supieseis que yo había de ser horriblemente desgraciada?

—¡Señora!...

—Otras veces me habéis dado el nombre de madre: como ahora sólo Dios nos escucha, también podéis tener

esa satisfacción, que a nadie ofende y que es muy agradable para mí.

—¡Ah!...

—¡Responded!

—Cuando me encuentro en vuestra presencia y veo pintado en vuestro semblante vuestro sufrimiento, me falta el valor.

—¡Pobre niño!

—¡Sí; soy digno de compasión!

—Y yo, que tanto os amo, os pido que os sacrifiquéis. Debo de ser egoísta; ¿no es verdad? Así parece, pero también sacrifico a Leandro, y, por más extraño que os parezca, le hago un beneficio.

—¡Temo acabar por volverme loco!

—¡No hablemos más de este asunto!

—¿Y por qué?

—Hay un plazo de tres días, y podéis reflexionar.

—¿Quién ha fijado ese plazo?

—Yo

—Y después de esos tres días...

—Pronunciaré la última palabra, y vos decidiréis.

—Pues escuchad ahora otra cosa que tengo que deciros.

—¿Qué?

—Mi padre desea veros secretamente.

—¡Vuestro padre!—exclamó la condesa con acento indefinible.

Con tal ansiedad miró a Querubín, se hizo tan densa la palidez de su rostro, que el mancebo preguntó:

—¿Qué os admira, señora?

—¡Vuestro padre!—replicó la condesa, que parecía cada vez más turbada.

—Eso he dicho.

—¡No lo comprendo; no adivino!...

—Yo tampoco sé lo que se propone.

—¡Imposible!—murmuró la dama.

—Obedezco a mi padre, os participo su deseo y le daré la contestación. Pensadlo bien.

La infeliz madre inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

El mancebo esperó con ansiedad.

Transcurrieron algunos minutos de silencio.

Por fin la dama volvió a mirar a Querubín, diciéndole:

—Lo que vuestro padre me pide es peligroso, y aunque quisiera complacerle, encuentro muchas dificultades.

—Me parece que podía venir conmigo, y mientras yo hablaba con don Leandro...

—¡No, no!—replicó vivamente la condesa— Vuestro padre no es amigo de mi esposo, y si llegase a saberse que ha entrado en esta casa... ¡Oh!...

—Señora, vuestra reputación os pone a salvo de toda sospecha.

—¡Os equivocáis!—dijo la dama, cuya turbación crecía por momentos.

—Pues si es absolutamente imposible...

—Meditaré y decidiré.

Ninguna observación podía ya Querubín hacer. Creyó que debía poner término a la conversación.

Levantóse, pues, diciendo:

—Os dejaré, para que recobréis la calma.

¿Qué pensaba Leandro de lo que estaba oyendo?

Por mucho que le desagradara, tenía que convencerse de que sus sospechas no eran absurdas.

Recordó con todos sus detalles cuanto había visto, y muy particularmente aquella escena en que, sin poder contenerse, su madre y Querubín se habían abrazado.

Tampoco olvidaba el interés demasiado vivo que la

condesa había mostrado por saber si efectivamente el audaz mancebo era hijo del señor de Guevara.

Sobrados motivos había para que Leandro comprendiese la verdad, para que no le quedara ni la más ligera duda: si no había sucedido así, era porque se resistía a creer que su madre hubiera olvidado nunca sus deberes de esposa.

No; Leandro no concebía que la condesa hubiera podido ser débil.

Don Juan de Monzón solicitaba una entrevista con la dama, y Leandro recordó también aquella noche que acompañó a su madre hasta la costanilla de Santiago, la misma noche que más tarde fue el señor de Monzón en busca de su hijo.

Los sucesos eran demasiado elocuentes, y para adivinarlo todo no era menester más que coordinarlos y hacer deducciones.

Frío y copioso sudor corría por la frente de Leandro.

—¡No—dijo el infeliz—; ya no dudo: Querubín es mi hermano, y don Pedro de Saavedra amenaza a mi madre con la deshonra!

El primer impulso del joven fué ir en busca del comendador para echarle en cara su ruin proceder y para matarle, porque creía que su deber era acabar con la vida de los que conociesen la deshonra de la condesa; pero, ¿qué adelantaría con hacerlo así?

El comendador moriría; pero tendría un consuelo: el de revelar aquel secreto terrible, produciendo los más gravísimos males.

Al último grado llegó la desesperación del amante de Consuelo.

Ya que otra cosa no pudiese hacer, ni siquiera podía vengar a su madre infeliz.

Con pasos vacilantes volvió a su cuarto.

Allí se dejó caer en un sillón.

Sentía como si su sangre se hubiera convertido en fuego.

Parecíale que su cabeza iba a estallar.

Sus sienes latían con desigual violencia.

Su frente se abrasaba.

¡Ya conocía la situación; ya conocía el secreto de la vida de su madre; ya no había misterio para él!

¿Qué recurso le quedaba?

Dejándose llevar de los impulsos de su corazón, exclamó:

—¡Mi madre ante todo!

Forzoso era consumar el sacrificio.

—¡También sacrificaré a mi hermano! Pero ¿tiene derecho a quejarse cuando yo mismo me destrozo el corazón? Mi madre es la suya; y así como yo lo sufro todo por mi madre, él tiene la obligación de sufrirlo. Dice que no puede renunciar al amor de María: a mí me parece también imposible vivir sin Consuelo, y sin ella viviré, o moriré desesperado; pero se salvará la honra de nuestra madre. Rivales vamos a ser: Querubín me odiará; pero cuando yo le diga que soy su hermano... ¡Oh! ¡No se lo diré sino en el último apuro!

Comprendía entonces Leandro la extraña conducta de don Juan de Monzón; lo comprendía todo. Vio a don Pedro tan odioso como era, tan ruin, tan miserable.

No debe olvidarse que la ruindad del comendador llegaba al punto de sacrificar fría y cruelmente a una de sus hijas por triunfar en lo que realmente no era más que una cuestión de amor propio.

Sin embargo, muy fácilmente pudo hacer la felicidad de las dos.

Diez minutos pasó el joven, que debieron de parecerle diez siglos de agonía.

Querubín se presentó.

También estaba muy agitado.

Contempláronse como si hubieran tenido miedo de entrar otra vez en explicaciones.

Por fin Leandro rompió el silencio para decir:.

—¿Habéis cambiado de opinión ?

—No—respondió Querubín—; aunque sufro mucho al ver que vuestra madre sufre y que me exige lo que no puedo conceder.

—Pues yo he reflexionado detenidamente, y ya no dudo, no vacilo.

—¿Qué queréis decir ?

—Que he adoptado una resolución, y por nada del mundo retrocederé.

Querubín fijó una mirada escudriñadora en su hermano, diciéndole luego:

—Si no queréis guardar secreto en cuanto a lo que habéis decidido...

—No.

—Decídmelo, pues.

—¡Me casaré con María!

Inmóvil y mudo como una estatua quedó Querubín.

Leandro, como si quisiera probar más y más que su resolución era irrevocable, prosiguió diciendo:

—Estáis en libertad para hacer lo que mejor os parezca.

—¡Don Leandro!...

—¡Entre mi madre y mi dicha, mi madre es lo primero!

—Eso es muy noble; pero tal vez no habéis pensado...

—¡En todo!

—Si es firme vuestra resolución...

—¡Sí!

—¡También la mía!

—¿Lo cual quiere decir que desde hoy me miraréis como se mira a un rival, al mayor enemigo ?

—¿Por qué no he de contestar con franqueza ?

—Sería inútil, porque adivino lo que calláis.

—Si os colocáis entre el corazón de María y el mío, si a nuestra dicha ponéis obstáculos, aunque lo hagáis impulsado por el más noble de los sentimientos...

—Me odiaréis; ya lo sé.

—No tanto; pero decidme lo que vos haríais si al correr hacia vuestra dicha encontraseis en vuestro camino un estorbo.

—¡Según!

—Creo que no vacilaríais para quitarlo.

—¡Demasiado grave es lo que decís, amigo mío!

—Sí; es muy grave; pero, desgraciadamente, es la verdad. ¿De qué serviría que yo lo ocultase, si habíais de adivinarlo?

—¡Ciertamente!

Mientras así hablaban, mirábanse los dos hermanos con expresión nada tranquilizadora.

Si la situación había sido hasta entonces apurada y crítica hasta el último punto, empezaba a tomar un carácter que bien pudiera calificarse de horrible.

Nada más fácil sino que el hijo de don Juan de Monzón, dejándose arrebatar, hiciera cierta clase de ofensas a Leandro.

Podía éste evitar que sucediese así con sólo revelarle el terrible secreto; pero descubrir la deshonra de su madre, aun a su propio hermano, le parecía demasiado espantoso, y hasta criminal, y no lo haría sino después de agotar todos los recursos.

—¡Escuchadme!—dijo don Leandro después de algunos momentos.

—Ya os escucho.

—Veo que no estáis dispuesto a acceder a las súplicas de mi noble y desgraciada madre.

—¡Me pide un imposible!

—Imposible no lo es.

—Sí; porque mi razón y mi voluntad son impotentes cuando se trata de mi amor.

—Yo abandonaré a Consuelo, a pesar de que la amo tanto como vos a María.

—Eso prueba que vuestra voluntad es mucho más firme que la mía.

—Lo que prueba es que, como se trata de mi madre, cumplo mi deber. Suponed que fuésemos hermanos. ¿Os faltarían entonces las fuerzas y el valor para hacer el sacrificio?

—¡No lo sé!—murmuró Querubín con voz insegura.

—Os hago la justicia de creer que cumpliríais vuestros deberes.

—¡Tal vez!

—Pero, en fin, como no habéis de sacrificaros...

—¡Lucharé!—dijo Querubín volviendo a reanimarse.

—Pues bien, yo reconozco vuestro derecho a luchar; pero, en cambio, vos habéis de reconocer también el mío.

—Sí.

—Haga cada cual lo que pueda o lo que le parezca mejor.

—¡Por de pronto, María está en mi poder!—replicó el hijo de don Juan.

—¡Os equivocáis!

—¿Que me equivoco?

—Ni en vuestro poder ni en el mío está la hija del comendador, sino bajo el amparo de mi madre.

—¡Yo la saqué del convento!

—Yo os ayudé.

—Sin embargo...

—Y si María no ha vuelto al lado de su padre, ha sido porque mi madre la amparó, y porque cree que así siempre tendrá medios de justificar su pureza.

—Pude llevarla a otra parte y sacarla del convento sin vuestra ayuda.

—Pero María os hubiera abandonado inmediatamente; y en cuanto a sacarla sin mi auxilio del convento, debéis recordar que casi todo se debe al ingenio y a las relaciones de mi criado.

—¡Me hubiera valido de otros medios!

—¿Y podéis responder del resultado que hubieran producido?

—¡Don Leandro!...

—No disputemos inútilmente.

—¿Dispondré de María?

—Ni vos, ni yo.

—¿Pues quién?

—Mi madre.

—Que ella decida; y si quiere seguirme...

—Llevaosla si podéis.

—¿Eso es decir que desde luego queréis que entablemos la lucha?

—No quiero más que una cosa: obedecer a mi madre, y sus resoluciones tendréis que respetarlas lo mismo que yo. ¿Qué haréis si mi madre dispone que María vuelva al lado de su padre?

—Lo impediré si puedo.

—Pero siempre resultará que no somos nosotros los que hemos de decidir.

—Y si eso había de hacer la señora condesa, ¿por qué me ayudó cuando saqué a María del convento?

—Preguntádselo, aunque la respuesta debéis adivinarla fácilmente.

—¡Divagamos!

—Ya he concluído.

—Y yo también.

—¡Pues luchemos, y que Dios bendiga al que triunfe!

—¡Y que tenga paciencia el que quede derrotado!

—Estamos de acuerdo.

—¡Que el cielo os guarde, señor de Sandoval!

—Y a vos os dé salud.

Querubín salió sin estrechar la diestra de Leandro.

Ya habían dejado de ser amigos.

La situación había cambiado completamente.

Querubín estaba dispuesto a luchar hasta vencer o morir.

Leandro tampoco debía retroceder.

¿Cómo se justificaría con la infeliz Consuelo?

No podía justificarse sino diciendo que le era forzoso hacer el sacrificio para cumplir sus filiales deberes.

Empero el sacrificio no ponía consumarse sino destrozando su corazón.

Más de dos horas pasó Leandro sosteniendo la más desgarradora lucha.

Tres o cuatro veces se levantó para ir a ver a la mujer a quien amaba; pero siempre le faltaba el valor.

Hizo el último esfuerzo.

—Antes veré a mi madre—dijo.

Y se dirigió al aposento de la condesa, a la que saludó con tanto respeto como ternura, diciéndole luego:

—Madre mía, agradeceré mucho que no me pidáis explicaciones sobre lo que vais a oír.

—Te complaceré en cuanto me sea posible—respondió la dama.

—Mi suerte ya está decidida.

—¿En qué sentido?

—Me casaré con la hija del comendador.

—¡Leandro!—exclamó la condesa con acento de sorpresa profunda.

—Así me lo habéis aconsejado, así conviene a vuestro reposo, según me habéis dicho una y otra vez.

—Pero...

—Mi madre es antes que mi deber.

—¡Hijo mío!...

—Tranquilizaos, pues.

Sintióse ahogada la condesa.

No pudo articular una sílaba.

Abrazó a su hijo.

Pocos momentos después, éste, trastornado por el dolor, se desprendió de los brazos de su madre diciendo:

—¡Dejadme, que tengo que ir a dar a conocer mi resolución a la infeliz a quien tanto amo!

—¡No, eso no!—replicó arrebatadamente la dama.

—¡Es preciso!

—¡Espera, hijo mío!

—¿Y qué he de esperar?

—¡No lo sé; pero aún no se ha cumplido el plazo!

—¡El plazo!—murmuró el joven con acento de amargura— ¡Cuanto más breve sea la lucha, menos sufriremos!

—¡No, hijo mío; no quiero que te sacrifiques! ¡Yo sola sufriré!

—Si vos sufrís, yo no puedo ser dichoso. Mi resolución es firme, irrevocable, y así se lo he manifestado al pobre Querubín.

—¡Infeliz criatura!

—No cede, y estamos dispuestos a luchar; pero vos principiaréis por cumplir vuestro deber haciendo que María vuelva al lado de su padre, y así evitaréis que Querubín cometa una locura: y si aun así la comete, al menos la responsabilidad no será vuestra. Tarde o temprano todo se descubre, y algún día se sabrá que vos sois quien tiene oculta a la hija de don Pedro. ¿Qué sucederá entonces? Os encontraréis en la situación más crítica, no solamente para el mundo, sino también para con mi padre, que con sobrada razón os exigirá estrecha cuenta de vuestro proceder.

—¡Te desconozco, Leandro!

—La primera vez que me aconsejaisteis casarme con María, dijisteis que habíais cambiado de opinión porque habíais reflexionado, y eso nada tenía de particular. Yo he reflexionado también, y ha sido igual el resultado.

—Ese razonamiento...

—Madre mía, no vaciléis; os lo suplico: llevad hoy mismo a María a su casa, que ella no ha de poner resistencia, y yo entretanto desvaneceré la última esperanza de Consuelo.

—Tú has decidido ya; pero yo no: aún dudo, vacilo.

—¡Eso es incomprensible!

—Tú quieres abreviar la lucha y yo quiero prolongarla, porque mientras lucho tengo una esperanza, aunque sea muy débil, y la esperanza es un consuelo: mientras lucho vivo, y cuando deje de luchar, moriré.

—¡Madre mía!...

—Tal vez para evitar escándalos me decida a volver a María al lado de su padre; pero antes de que el plazo se cumpla...

—Afortunadamente, son pocos días los de ese plazo.

—Por la misma razón debes esperar, pues para destrozar el corazón de la mujer a quien amas, tiempo será siempre.

—Aunque no me habéis dado a conocer el misterio de vuestra extraña conducta, he llegado a convencerme de que nuestra desgracia no tiene remedio.

—¡Dios sabe lo que ha de suceder!

—Cuando me niego a casarme con María, vos me suplicáis que abandone a Consuelo; y cuando decido hacerlo así, queréis impedirlo: es decir, que siempre os mostráis contraria a mis resoluciones. Esto es incomprensible; pero no os pido explicaciones, porque ya sé que no habéis de dármelas: mas quiero acabar de una vez. Vos tenéis esperanzas mientras lucháis; la lucha es para vos la vida, y para mí esa lucha no significa más

que la prolongación de la agonía más espantosa. Mucho sufriré el día que mi suerte se haya decidido teniendo que renunciar para siempre al amor de Consuelo; pero más me hacen sufrir las vacilaciones y las altenativas.

—¡Hijo mío, te ruego por última vez!...

—Perdonad, mi querida madre.

—¡Aguarda; te lo suplico!

—Volveré a reflexionar.

—¡Al menos, prométeme que no darás un sólo paso sin que yo antes conozca tu resolución!

—Os lo prometo.

—¡No olvides que tu madre es muy desgraciada!

Sentíase Leandro profundamente conmovido, y no acertó a contestar. Tomó la diestra de su madre, la besó con tanto respeto como ternura, y dio un paso hacia la puerta.

Púsose la dama en pie, se acercó a su hijo y con exaltación febril exclamó:

—¡Ah! ¡Te lo juro por la salvación de mi alma: no hay nada en mi ser tan fuerte, tan grande, tan sublime, como mi amor maternal!

—¿Acaso lo he puesto en duda?

—¡Adiós, Leandro; adiós!

—¡Madre mía!...

—¡Déjame, déjame!—interrumpió la condesa.

Y empujó a su hijo hacia la puerta, levantando ella misma la cortina.

El joven salió mucho más trastornado de lo que estaba al entrar.

No le quedaba duda de que su madre lo era también de Querubín. Teniendo en cuenta la edad de éste, comprobó fechas, y acabó por adivinar que la desgracia había tenido lugar cuando su padre se encontraba en América.

A poco más que averiguase, sabría que la condesa, an-

tes de casarse, había sostenido relaciones amorosas con don Juan de Monzón.

El proceder de la dama estaba ya explicado perfectamente para Leandro; la infeliz luchaba entre el sentimiento de su honor y su amor maternal.

La influencia del comendador no era ya un misterio.

¿No había dicho el señor de Saavedra que conocía a la madre de Querubín?

—¡Oh!—exclamó Leandro al pensar en este detalle—¡He ahí la clave del misterio! ¡Don Pedro amenaza, pone a mi infeliz madre en la más espantosa alternativa, y ella lucha, vacila, porque ni quiere sacrificarme ni sacrificar su honra! ¡Y no puedo pedir al comendador cuentas de su ruin proceder, porque se vengaría publicando la debilidad de mi madre, ni tampoco debo descubrir a Querubín este secreto!

Otra vez se encerró en su gabinete el joven. Quiso reflexionar; pero le era casi imposible poner en orden sus ideas.

Sentía la cabeza abrasada por la fiebre.

¿Qué había conseguido con adivinar el secreto?

Perder la fuerza moral para resistir a las exigencias del comendador.

Cuando ignoraba la verdad, tenía valor para negarse a ser esposo de María; pero después no era posible que lo hiciera así, porque ya no se trataba de su suerte, sino del honor de su madre, y Leandro era capaz de todos los sacrificios para salvar la reputación de la condesa.

¿No se había ésta decidido?

¿Era posible que aún dudase?

Sí, dudaba; y tal vez aceptaría toda la responsabilidad de su falta, a trueque de evitar el sacrificio de sus hijos.

—¡Si yo he pecado, yo sola debo sufrir!—decía la dama.

Empero su abnegación presentaba el inconveniente de que habría de producir sufrimientos también para sus hijos, pues éstos no podían ser dichosos mientras su madre fuera desgraciada.

Además, ¿qué haría el conde de Rocanegra cuando supiese la verdad?

Indudablemente, lo primero sería buscar al hombre que había mancillado su honor, diciéndole que ambos no cabían a la vez en el mundo.

Y como don Juan de Monzón era valeroso y odiaba también al conde, la sangre correría, sucumbiendo uno de los dos.

Si don Juan moría, Querubín odiaría con toda su alma al conde, y fácil es comprender lo doloroso que esto sería para Leandro; y si la suerte favorecía al señor de Monzón, claro es que Leandro había de aborrecerle profundamente, y aun haría lo posible para tomar venganza.

En medio de esto se encontraría siempre la condesa: de un lado su esposo; de otro, el hombre a quien amaba ciegamente, y uno de sus hijos mirando con odio al padre del otro, y odiándose ellos mismos.

La situación sería demasiado horrible.

No; no debía servir el sacrificio de la condesa sino para que todos fuesen mucho más desgraciados.

Era imposible que a Leandro se le ocultasen tan tristes consecuencias.

Su deber era evitar que sucediese así.

—¡No—dijo con firmeza—; no retrocederé!

Su resolución era irrevocable.

Le dejaremos, porque es preciso que veamos si al fin la condesa accedió a tener una entrevista con don Juan.

Esto debía ser uno de tantos pasos inútiles, puesto que el padre de Querubín se convencería también de su impotencia para luchar con el despiadado comendador.

Cuando el sol ya se ocultaba, la condesa llamó a su sirviente favorita.

CAPÍTULO XCV

De cómo inútilmente se atormentaron la condesa y don Juan

La condesa no quería ver a don Juan de Monzón, porque no se le ocultaba lo mucho que había de sufrir; pero tampoco se atrevió a negar lo que su antiguo amante le pedía con los derechos de padre, pues sólo en este concepto era posible que solicitara la entrevista.

Después de mucho reflexionar y vacilar, había dicho la condesa:

—¿Qué importa un sufrimiento más ?

Y entonces fue cuando llamó a su doncella, diciéndole:

—Otra vez tengo necesidad de tus servicios, de la lealtad de que tantas pruebas me has dado.

—Y otra vez y otras mil—respondió la sirviente—estoy dispuesta a dar a vuestra señoría pruebas de mi gratitud.

—Mi situación es cada vez más horrible.

—Siento que en mi mano no esté el remedio

—Necesito ver a don Juan de Monzón.

—Pues me parece muy sencillo, porque si la señora condesa no quiere que venga don Juan, puede hacerse lo mismo que la otra vez.

—Para eso hay ahora alguna dificultad; sin embargo, ofrece muchos peligros que el señor de Monzón venga a visitarme, porque puede suceder...

—Perdóneme la señora si hago alguna observación—replicó la sirviente.

—Di cuanto quieras, que te lo agradeceré.

—Supongamos que yo tengo un amante y que me empeño en cometer el abuso de introducirle en esta casa.

—Pero...

—Por el postigo y atravesando las cocheras llegaría a mi aposento; y como mi aposento se comunica con esta habitación por un pasillo...

—Comprendo.

—Mientras la señora condesa habla con don Juan, yo vigilaré; y como la retirada por el pasillo no ofrece ninguna dificultad, sería imposible una sorpresa. Esta es mi opinion, pues andar por las calles a ciertas horas de la noche, aunque nos acompañe el señor don Leandro, es demasiado peligroso.

—Tienes razón.

—Puede la señora determinar lo que mejor le parezca.

—Estoy convencida.

—Entonces...

—A tu cuidado dejo este asunto.

—¿Cuando ha de venir don Juan?

—Cuando pueda ser.

—Esta misma noche.

—Pues arréglalo todo como mejor te parezca, que en ti confío ciegamente.

—¡Gracias, señora!

Así dieron fin a la conversación.

La ingeniosa sirvienta aguardó a que cerrase la noche, y envolviéndose en un manto, salió y se encaminó a la vivienda de don Juan. No dudaba que allí podría encontrar a Querubín, y esto, que para ella era un peligro, lo tenía muy en cuenta para evitarlo.

Quiso el portero hacer observaciones a la doncella; ésta le replicó:

—Mala memoria tenéis, pues ya habéis olvidado que

vine otra vez y que el señor don Juan me recibió inmediatamente.

—Es verdad; pero...

—¡No me detengáis!

—Subid.

—Mejor será que vos deis aviso al criado de más confianza para que pase el recado a vuestro señor, pues es menester que esto se haga con toda reserva.

—Descuidad.

—¿Está en casa el señor Querubín?

—Salió después de comer, y aún no ha vuelto.

—Me alegro mucho.

El portero, recordando lo que la otra vez había sucedido, se apresuró a subir.

Pocos minutos después volvió, diciendo a la doncella:

—Os aguarda mi noble señor.

Bien pronto la sirvienta se encontraba en presencia de don Juan.

—Supongo—dijo éste—que venís para decirme cuándo y dónde podré tener el honor de ver a vuestra señora.

—Así es.

—Pues explicaos, que ya os escucho.

—Esta noche, a las once en punto, debéis estar en la calle del Barquillo, frente a nuestra casa y cerca de un postigo que veréis a unos cuantos pasos de distancia de la puerta principal.

Don Juan se estremeció.

Hubiera preferido ver en otra parte a la condesa; pero se concretó a decir:

—Iré.

—Esperaréis, ocultando el rostro; y si lleváis una ropa modesta, será mucho mejor, porque así ningún curioso os reconocerá.

—Seguiré el consejo.

—Vais a representar el papel de amante mío, y yo cometeré el abuso de introduciros en la casa.

—¿Iréis a buscarme?

—Entreabriré el postigo y sacaré la diestra con un pañuelo blanco.

—Comprendo.

—Entraréis, y os dejaréis conducir sin pronunciar una palabra: después que estéis en mi aposento, iréis por un pasillo al de mi noble señora.

—¡Está bien!—respondió gravemente don Juan.

—A una persona como vos es inútil recordarle...

—No olvido que una imprudencia puede comprometer a vuestra señora.

—Si nada tenéis que mandarme...

—Dad en mi nombre las gracias a mi noble amiga la condesa; y vos, como recuerdo mío y justa recompensa a vuestra lealtad...

—¡Caballero!...

—¡Esperad!

Y levantándose el señor de Monzón, abrió uno de los cajoncitos de una papelera y sacó un puñado de monedas de oro.

—¡Nada tomaré!

—Ya sé que vuestra señora os paga con largueza; pero...

—Quiero servirla desinteresadamente.

—A pesar de eso, tomad en su nombre.

Y don Juan puso las monedas en la diestra de la sirvienta, que las tomó mientras se negaba a recibirlas y aparentaba gran turbación.

No había satisfecho su curiosidad; pero estaba muy contenta, porque aquellas intrigas aumentaban prodigiosamente sus ahorros.

Corrió hasta llegar a su vivienda, y quitándose el manto, fue a participar a su señora lo que acababa de hacer.

Ya no podía ésta retroceder.

Transcurrieron las horas, no sabemos si con rapidez o lentitud para la pobre madre.

Dieron las once.

Don Juan, recatando el semblante con el embozo de la capa, detúvose frente al postigo.

No había podido ser más exacto.

Pocos minutos después se oyó el leve ruido de una llave al girar en la cerradura.

El postigo se entreabrió, dejándose ver en la oscuridad un objeto blanco.

Era el pañuelo que agitaba la sirviente.

Ni un solo instante vaciló el caballero, porque nada de cobarde tenía; pero su corazón latía con desigual violencia.

Atravesó la calle y entró en un pasillo completamente oscuro.

Sintió que el postigo se cerraba y que una mano se ponía sobre las suyas.

Ni una sola palabra pronunciaron.

Con pasos lentos y silenciosos avanzaron, subieron una escalerilla, atravesaron algunas habitaciones, y llegaron al fin a una que estaba esclarecida por la luz de un velón.

Era el dormitorio de Lucía.

—Todo nos favorece—dijo ésta—, pues no están en casa el señor conde ni su hijo.

—Me felicito por vuestra señora.

—Voy a decirle que ya os encontráis aquí.

Alejóse la doncella, volviendo poco después para guiar a don Juan hasta la cámara de la condesa.

Allí le dejó para ir a vigilar, y tal vez con intención de escuchar lo que hablaban y satisfacer así su insaciable curiosidad.

Mortal palidez cubrió el rostro de los dos antiguos amantes.

Contempláronse con expresión indefinible.

En los primeros momentos les fue imposible articular una sílaba.

—Perdonad—dijo el señor de Monzón—: no se me oculta que os hago sufrir mucho, así como vos debéis de comprender lo que yo sufro; pero se trata de la suerte de nuestro hijo, y como estoy dispuesto a sacrificar hasta la vida por hacerle feliz, y como también me parece que tengo derecho a conocer perfectamente la situación, os he rogado que me escuchéis.

—Tal vez—respondió la dama con voz insegura— no me sea posible satisfacer vuestros deseos, así como imposible creo que es también la dicha de nuestro hijo. Queréis conocer la situación. ¡Ah! Pues qué, ¿no habéis adivinado lo que tan cuidadosamente oculto? Débil fui y pago mi debilidad; pero la criatura que ninguna culpa ha cometido...

—No os atormentéis con cierta clase de reflexiones—interrumpió don Juan—. Os diré lo que sospecho vos me diréis si me equivoco, y después adoptaremos la resolución que a todos convenga más.

—Os ha sorprendido verme emplear toda mi influencia de madre para obligar a mi hijo Leandro a casarse con María.

—Sí; semejante conducta me sorprendió.

—¿Y queréis sobre ese punto explicaciones?

—Supongo que el comendador Saavedra conoce vuestro secreto y os amenaza.

La condesa guardó silencio.

¿Debía decir la verdad?

Dudaba; pero se convenció de que las negativas serían completamente inútiles, y de que tal vez producirían el resultado contrario al que ella deseaba.

—Pues bien—dijo después de algunos momentos—; no os habéis equivocado; ésa es mi situación, ésa es la causa de lo que nadie acierta a explicarse.

Violentamente se contrajo el rostro de don Juan.

Profundamente sombría se tornó su mirada.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda, mientras apretaba los puños— ¡No necesito más explicaciones para comprender hasta qué punto lleva la ruindad ese miserable!

—Y no podéis castigarle, ni siquiera exigirle ninguna clase de satisfacción, porque se complacería en publicar nuestro secreto sin que le detuviese ninguna clase de temor. ¿Cómo ha podido averiguar que fui débil? ¿Cómo ha sabido que vivía Querubín y que había sido amparado por el señor de Guevara?

—¡Por mi parte, os juro!...

—Tengo fe ciega en vuestro noble proceder, y no es menester que me digáis que habéis guardado el secreto, quizá más cuidadosamente que yo.

—A una sola persona le revelé en momentos solemnes y cuando creí que Dios había dispuesto que terminase mi triste existencia; pero la revelación la hice a un sacerdote de cuyas virtudes no puedo dudar, y que murió repentinamente cuando yo recobraba la salud, contra la opinión de los médicos. En aquella época era uno de mis amigos el señor de Saavedra, que me visitaba diariamente como otros muchos, y que a la cabecera de mi lecho pasó algunas de las noches que duró mi agonía. Tuve necesidad de revelar el secreto para poner a mi hijo a salvo de la miseria. Algunos días pasé sin conciencia de mi propia vida. Después he sabido que la fiebre me hizo delirar, y supongo que tal vez en mi delirio, dominado por la idea de vuestra desgracia...

—¡Sí, sí!

—¡Y el falso amigo, el cobarde traidor abusa para

hacer infelices a cuatro criaturas que tanta consideración merecen!

—Y una de esas criaturas es su hija también; pero don Pedro no tiene corazón; es un desalmado, que cumplirá su terrible amenaza. Desde que me colocó en alternativa tan espantosa, he luchado sin cesar, he apelado a toda clase de medios, y... ¡Dios no ha querido acabar con mi existencia! ¡Don Juan, en nombre de lo que más améis, en nombre de nuestro hijo infeliz, disipad mis dudas, iluminad mi inteligencia, decidme lo que debo hacer para cumplir mis deberes! Puedo salvarme dejando que mis pobres hijos se sacrifiquen y que Consuelo sea tan desgraciada como María; pero ¿no es eso egoísmo? He creído que sí, y muchas veces me he sentido impulsada a aceptar todas las consecuencias, haciendo el sacrificio de mi honor; pero, ¿se consigue así la dicha de mis hijos? ¡Tampoco! ¡Ah!—exclamó la condesa con acento de febril arrebato— ¡He tenido momentos de desesperación horrible! A vos puedo decíroslo todo, y nada os ocultaré: ¡más de una vez he pensado en el suicidio!...

—¡Señora!

—¡Con mi muerte se resolverían todas las dificultades!

—El dolor os trastorna.

—¡Sí, don Juan; el dolor me trastorna, me enloquece, y es inútil pedir razón al que la ha perdido!

—¡Es verdad!

—Supliqué a Leandro, y resistió; pero repentinamente ha cambiado de opinión y se muestra dispuesto a casarse con la hija de Saavedra. ¿Cuál es la causa de este cambio? ¿Ha adivinado el secreto? ¡Oh! ¡Me horroriza la sola idea de que mis hijos lleguen a conocer mi debilidad! ¡Me horroriza, porque temo que me miren con el desprecio que debe mirarse a la mujer que olvida las

severas leyes de la virtud; con el desprecio que merece la esposa infiel, la mujer liviana!

—Creíais que vuestro esposo había muerto; yo lo creí también: nos considerábamos completamente libres, y, por consiguiente...

—¡No; no excusa esa razón mi falta!

—Mía fue también; pero ya la cometimos.

—¡Por eso sufro!

—Debemos solamente pensar en que vuestro honor se salve y en que nuestro hijo sea feliz.

—¡No es posible lo uno ni lo otro!

—Alguna resolución debemos adoptar.

—Cuando he visto que mi hijo quería sacrificarse, el valor me ha faltado para verle sufrir, y ya no vacilo.

—¿Acaso habéis adoptado alguna resolución?

—¡Sí; cumpliré mi deber, sufriré el castigo que mis culpas merecen, el que quiera imponerme mi esposo, y sufriré también el desprecio del mundo, hasta que Dios se apiade de mí!

—¡No; eso no!

—¿Puedo hacer otra cosa?

—No lo sé; pero...

—¿He de salvarme a costa de la dicha de mis hijos? Débil he sido, lo mismo que siempre, y por eso he vacilado; pero mis vacilaciones concluyeron. ¡Cumpla el comendador sus amenazas, y como luego nada tendré que temer, en libertad quedáis para pedirle cuenta de su conducta, aunque no he de ser yo quien os aconseje la venganza!

—Según parece, hay un plazo...

—Que pasado mañana concluirá.

—Y entretanto...

—María volverá al lado de su padre.

—Pero hasta el último momento no pondréis en práctica vuestra resolución.

—Sí; al último momento esperaré, aunque al hacerlo así nada se consigue más que prolongar la lucha, prolongar la agonía, como dice Leandro.

—Sin embargo, aún debemos hacer el último esfuerzo.

—¿Y en qué consiste ?

—Veré al comendador.

—Se reirá de vuestras amenazas como se ha reído de las mías; y como cuando quiera puede deshonrarme, tendréis que someteros lo mismo que yo.

Desgraciadamente, la condesa decía la verdad. El señor de Monzón inclinó la cabeza y quedó silencioso.

Algunas lágrimas se escaparon de los ojos de la infeliz madre.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

¿Había satisfecho la doncella su curiosidad ?

Sí; y, por consiguiente, el secreto fue aquella noche conocido ya por otra persona.

No, no era posible que la condesa se librara del deshonor, que tanto miedo le infundía.

Suponemos que la sirvienta guardaría silencio sobre lo que acababa de oír; pero esto no era bastante para perdonar su abuso.

¿Qué más tenían que decirse los dos antiguos amantes ?

Se sentían impulsados a evocar recuerdos que para ellos eran tan dolorosos como agradables; pero la prudencia y hasta el decoro les prohibía que lo hicieran así.

Domináronse y cumplieron su deber.

Cada minuto que pasaba era mayor el peligro.

Don Juan de Monzón se puso en pie.

La condesa le dijo:

—Quiero saber el resultado de vuestra entrevista con don Pedro de Saavedra.

—Os lo dirá Querubín, pues no es menester darle ex-

plicaciones para que repita mis palabras, que vos comprenderéis.

—¡Pobre hijo mío!

—Señora, ya os he dicho que estoy dispuesto a sacrificar hasta la vida, no solamente por hacer feliz a nuestro hijo, sino para salvar vuestro honor.

—¡Nada conseguiréis!

—Aunque no tengo esperanza, lucharé.

—¡Dios nos proteja!

—¡Adiós, señora!—dijo don Juan alargando la diestra y estrechando la de la dama.

Violentamente se estremeció la infeliz.

Cruzaron una mirada fugaz como un relámpago, pero de inmenso valor.

¿Se amaban lo mismo que en otro tiempo?

¡Los desdichados se amaban más que nunca!

Separáronse.

Don Juan salió con pasos vacilantes.

No hubiera podido explicar lo que sentía.

Con odio profundo pensó en el conde de Rocanegra.

Sabiendo lo que hacen sufrir las contrariedades del amor, no era posible que el caballero condenase a Querubín a renunciar para siempre a la felicidad que le esperaba con María.

Firmemente resuelto estaba a emplear toda clase de medios para obligar al comendador a dejar tranquila a la condesa.

¿Lo conseguiría?

Desde luego podemos decir que no, pues sabemos ya hasta qué punto estaba en aquella intriga interesado el amor propio de don Pedro, y que antes de ceder preferiría morir.

En el pasillo encontró don Juan a la doncella.

Felizmente atravesaron la casa y llegaron al postigo.

Salió el padre de Querubín y volvió a su morada, donde encontró a su hijo.

—¿Qué sucede?—preguntó el mancebo con muestras de inquietud— ¡Estáis pálido, agitado!...

—¡He sufrido mucho!

—Si me permitís dirigiros algunas preguntas...

—Acabo de ver a la condesa.

—¡Ah!

—No puedo darte más explicaciones.

—Pero, ¿ya conocéis su secreto?

—A ti te diré, a nadie más que a ti, que el secreto de esa mujer desgraciada lo había yo adivinado sin necesidad de hacer averiguaciones, pues ha sido bastante lo que tú me has dicho.

—¡Lo cual significa que soy torpe, muy torpe!

—No, hijo mío.

—Entonces...

—¡No me preguntes más!

—¡Oh! ¡Tendré paciencia y esperaré!

—¡Déjame, Querubín, que necesito descansar y reflexionar!

—¿Tampoco puedo saber si tenéis alguna esperanza?

—Muy leve.

—¡Me devolvéis la vida!

—Ten confianza en tu padre, y compádece a la infeliz condesa.

El padre y el hijo se separaron, yendo cada cual a su dormitorio.

Querubín continuaba firme en las resoluciones que había adoptado aquella mañana, y se ocupó en trazar planes para evitar que María volviese a estar bajo la autoridad de su padre cruel.

CAPITULO XCVI

Lo que consiguió don Juan

A las diez de la mañana anunciaron al señor de Saavedra la visita de don Juan de Monzón.

Hizo el padre de María un gesto de sorpresa y de disgusto; pero como no podía negarse a recibir a su antiguo amigo, se esforzó para dominarse y aparentar una calma que estaba muy lejos de tener, y dispuso que el señor de Monzón entrara inmediatamente.

No se saludaron los dos caballeros como lo hubieran hecho en otras circunstancias, sino fría y ceremoniosamente.

También don Juan hacía grandes esfuerzos para tratar del grave asunto con algún reposo, pues no quería que se le echase en cara el haberse dejado arrebatar sin atender a ningún razonamiento.

Difícil era dar principio a la conversación; pero don Pedro hizo desaparecer la dificultad, porque principió diciendo:

—No debe sorprenderme vuestra visita.

—¿Y por qué?—preguntó don Juan.

—Porque la experiencia me ha enseñado que la mujer, sobre ser débil, es torpe siempre que se encuentra en cierta clase de situaciones, y hace lo que menos le conviene.

—No os comprendo.

—Lo digo porque supongo que mi amiga la noble condesa ha cometido el error de pediros auxilio, pues de otra manera no se comprende que os toméis la molestia de venir a visitarme.

—Estáis equivocado.

—Me alegro mucho.

—Poco he tenido que cavilar para comprender por qué la condesa se empeñaba en casar a su hijo con vuestra hija, y he podido explicarme lo que nadie se explicaba.

—Fácil es para quien conoce ciertos secretos—repuso el comendador.

—Nadie me ha pedido auxilio; pero como me interesa mucho la suerte de mi hijo, no me ha sido posible permanecer en la inacción.

—Reconozco vuestro derecho a tomar parte en este asunto; pero, si he de hablaros con franqueza, os diré que vais a perder el tiempo lastimosamente. Deseo ser vuestro amigo, como siempre lo fui: es natural que a toda costa os empeñéis en hacer dichoso al hijo de vuestro amor; pero vos también debéis de reconocerme el derecho que me asiste a disponer de mi hija. He sufrido mucho; no lo ignoráis: me han inferido toda clase de burlas, y, para que nada falte, se ha cometido un abuso que a todas horas pone en peligro la reputación de mi hija, pone en peligro mi honor.

—Habéis querido luchar, y vuestros adversarios se han defendido, lo cual era muy justo.

—Yo no he pensado luchar; me han provocado...

—Habéis abusado de vuestra autoridad, que tiene sus límites, como lo tiene todo en este mundo, y el abuso vuestro autorizaba a los demás para hacer cuanto les fuera posible. ¡Muy envanecido estáis con vuestra autoridad!

—¡Caballero!...

—¿Con qué derecho queréis sacrificar el corazón de vuestra hija? ¿Quién os autoriza para disponer de su porvenir? Si respetable es la autoridad de un padre, si derechos tiene, no menos sagradas son sus obligaciones, y obligado estáis a proporcionar a vuestra hija toda la felicidad posible. Os negabais a conceder la mano

de vuestra hija a un desgraciado sin nombre y sin fortuna. ¿Qué diréis ahora, que el amante de vuestra hija lleva un nombre ilustre y es rico ?

—Si habéis venido para enseñarme mis deberes...

—No.

—Entonces, decid lo que deseáis.

No pudo ya don Juan de Monzón dominarse, y fijando en el comendador una mirada terrible, dijo con voz reconcentrada:

—¡Aquí me tenéis para pediros cuenta de vuestro proceder, para llamaros cobarde y ruin!

—¡Don Juan!—exclamó el señor de Saavedra, cuyo rostro se cubrió de nerviosa palidez.

—¡Sí; sois un miserable, porque abusáis de una mujer infeliz, débil, indefensa!

—¡Esas palabras!...

—Dichas están; y si las consideráis una ofensa...

—¡Oh!—murmuró don Pedro con voz sorda— ¡Sois muy afortunado, don Juan, muy afortunado!

—¡Sí; afortunado soy, porque tendré el placer de mataros! Y cuando dejéis de existir, nuestros hijos serán dichosos, y la condesa podrá tranquilamente vivir.

—En cuanto a la primera parte, es posible—replicó el señor de Saavedra, que parecía recobrar la calma—; aunque bien pensado, tal vez mi hija, cuya conciencia es escrupulosa, no quiera casarse con el hijo del que dio la muerte a su padre. Y en cuanto a la condesa... ¡Bah! Os forjáis ilusiones, señor de Monzón, porque si he de morir, como nada tendré que temer, y la venganza es siempre sabrosa, vuestro secreto será conocido por todo el mundo.

—¡Miserable!

—Ni siquiera matándome ahora mismo conseguiréis nada, porque ya he adoptado mis precauciones para el ca-

so de que se intentara terminar este asunto por medio de un asesino.

—¡Abusáis de un secreto!

—Que no me habéis confiado.

—¡Que habéis sorprendido!

—Más exacto es decir que la casualidad me lo hizo conocer. La culpa no es mía, don Juan: he sido reservado hasta que las circunstancias me han hecho adoptar una resolución violenta. Verdad es que he puesto a la condesa en una alternativa horrible; pero con razón o sin ella, ya que di el primer paso, iré hasta el fin, porque en este asunto está interesada mi dignidad, y os juro que prefiero morir antes que retroceder.

—¿Aún no sabéis cuál es la resolución de la condesa?

—Ni lo sabré hasta que se cumpla el plazo, que será muy pronto.

—Pues ya ha decidido vuestra noble víctima.

—Perdonad si lo dudo.

—Cumplirá sus deberes, y de sus faltas no hará responsables a sus hijos, sino que arrostrará todas las consecuencias. Si otra cosa habéis esperado, os equivocasteis. Esa infeliz mujer ha luchado, ha vacilado; pero si la conocieseis, si pudierais apreciar toda la grandeza de su alma, no dudaríais un solo instante.

—Siendo así, todos sufriremos.

—Y cuando dentro de algunas horas se haya resuelto la situación, cuando ya no sea posible amenazar a la condesa con la deshonra, porque la habréis deshonrado, ¡os mataré, comendador, os mataré!—dijo don Juan, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas.

Estremecióse don Pedro, porque no era posible mirar tranquilamente al señor de Monzón; pero no debía esperarse que el miserable retrocediera.

—Me mataréis, no lo dudo—dijo—; pero, de todas

Continuará en el número 30

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	[illegible]	[illegible]	11	[illegible]	[illegible]
2	—	[illegible]	12	—	[illegible]
3	—	¡Por ella!	13	[illegible]	[illegible]
4	—	La [illegible] de una mujer	14	—	[illegible]
5	—	La venganza del Diablo	15	[illegible]	El capitán [illegible]
6	—	El secreto de Mari-Rosa	16	—	Los amores de Francisco I y la [illegible]
7	—	[illegible] Mortal	17	—	[illegible]
8	[illegible]	[illegible]	18	—	La favorita
9	[illegible]	Bibi, tomo I	19	—	El misterio de [illegible]
10	—	— — II	20	—	El hijo de [illegible]

PRECIO DE CADA TOMO EN RÚSTICA 2,00 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS